

**PEQUEÑA BIOGRAFÍA
DE LA LUZ**

Alejandro Pedregosa

**PEQUEÑA BIOGRAFÍA
DE LA LUZ**

**ESDR JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, septiembre 2019

© Alejandro Pedregosa, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Pilar Ortiz

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1125-2019

ISBN: 978-84-17680-27-5

Impreso en España · Printed in Spain

La buena luz tranquila,
la buena luz del mundo en flor, que he visto
desde los brazos de mi madre un día.

ANTONIO MACHADO

El niño iluminado

Primera intuición

El niño lo intuye,
las cosas importantes son
las que están al alcance de su mano.
Crecer es perder
perspectiva.

Alumbramiento

Arriba estaba el sol
que todo lo llenaba de blancura.
Abajo estaba el niño
con la pelota
y la pared.

Detrás de la ventana —observando—
se hallaba el amor de la madre
que también era blanco y se ofrecía
en meriendas de pan y chocolate.

Un niño, una pelota, una madre, una pared...,
así —la luz del sol temblando—
nació el poeta.

El embarcadero

El hijo del vecino había muerto
—indecible dolor—
en el embarcadero.
El río verde de todos los veranos
se lo había tragado
como una fiera nocturna
—¿acaso no lo era?—

Mi madre dijo: no vuelvas
a jugar
donde el embarcadero.
Ignoraba mi madre que una niña
—tan rubio el pelo largo, Carolina—
vivía al otro lado de la ría
y yo la amaba.

Cuántas tardes
—la buena luz del mundo en sus cabellos—
lancé mi cuerpo al agua para verla.

Si mis brazos de niño o el amor
desfallecían,
el hijo del vecino, desde el fondo,
me empujaba.

Cuando todo era campo

Cuando todo era campo la ciudad
terminaba justo allí,
en aquel edificio
de luces afligidas,
y era triste,
muy triste y azaroso
el fin de la ciudad.

Las muchachas jugaban a fumar
cuando todo era campo
debajo de la higuera
y nosotros
—ya el amor rebullendo—
buscábamos sus labios entreabiertos:
el humo de sus bocas.

En verano montaban los gitanos
un sucio campamento
y las cabras
cuando todo era campo saltaban
sobre el agudo son
de la trompeta.

Cuando todo era campo una mañana
las máquinas llegaron amarillas.
Alguien nos dijo: estamos
construyendo en el mundo una ciudad,
deben marcharse.

En silencio cogimos nuestras cosas
—una astilla finísima en el alma—
y partimos.
Tiritando quedó
cuando todo era campo sobre el suelo
la pulpa blanquecina de la rabia
y un vacío de luz
que dieron en llamar
la periferia.

El lector

El niño leía.

No era un ser
que pudiera decirse melancólico
y sin embargo leía.

En las noches porosas del verano,
bajo la luz febril y la humedad azul
de la salamanquesa,
el niño leía.

A veces se pregunta qué rey,
qué dios benévolo gobierna desde entonces
el norte de su alma,
quién le posó la mano
en la zona desnuda de la frente
y le entregó —quizá mientras dormía—
el eterno mandato:
¡Lee!